



Domingo XXXII Tiempo Ordinario - A

Prudencia y necesidad

Comentarios preparados por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Sabiduría 6,12-16: Busquen y encontrarán sabiduría

Salmo 62: Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío

1 Tesalonicenses 4,13-17: Resucitarán los que murieron en Cristo

Mateo 25,1-13: Salgan a recibir al Esposo

« ¡Ya viene el esposo! ¡Salgan a su encuentro! »

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola:

«El Reino de los cielos es semejante a diez jóvenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran descuidadas y cinco, previsoras. Las descuidadas llevaron sus lámparas, pero no llevaron aceite para llenarlas de nuevo; las previsoras, en cambio, llevaron cada una un frasco de aceite junto con su lámpara.



Como el esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó un grito: “¡Ya viene el esposo! ¡Salgan a su encuentro!” Se levantaron entonces todas aquellas jóvenes y se pusieron a preparar sus lámparas, y las descuidadas dijeron a las previsoras: “Dennos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando”.

Las previsoras les contestaron: “No, porque no va a alcanzar para ustedes y para nosotras. Vayan mejor a donde lo venden y cómprenlo”.

Mientras aquellas iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban listas entraron con él al banquete de bodas y se cerró la puerta.

Más tarde llegaron las otras jóvenes y dijeron: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él les respondió: “Yo les aseguro que no las conozco”. Estén, pues, preparados, porque no saben ni el día ni la hora».

Palabra del Señor

No dejen que se apague la lámpara de la fe

Primera Lectura

En estos domingos «finales» del año litúrgico, los textos nos dirigen una invitación a reflexionar sobre el «final» de toda existencia. Este final es considerado no solo como la meta en que la vida adquiere realización o acabamiento, sino también como la meta del caminar histórico colectivo del ser humano y de la realidad toda. Semanas para contemplar este aspecto ineludible de nuestras vidas.

La primera lectura, del Libro de la Sabiduría, es un himno que canta las maravillas de la Sabiduría. Esta sale al encuentro de quienes la buscan, de quienes la aman, y ella misma se muestra. La sabiduría es una cualidad, una manera en que Dios se manifiesta a quienes realmente le buscan. La única condición para que este encuentro se llegue a dar, es estar abierto a la sabiduría, buscarla; como se busca a Dios. (Importante darse cuenta de que la Sabiduría es presentada en este libro como «personificada», pero no «hipostasiada»: la personificación es simplemente una figura literaria, una forma de hablar).

Segunda Lectura

Por su parte Pablo, en la carta a los Tesalonicenses, intenta responder las dudas de algunos hermanos que han ingresado hace poco a la comunidad. Estos hermanos consideran desfavorecidos a los difuntos porque iban a estar ausentes de la cercana venida del Señor. Pablo reafirma la enseñanza que él recibió. Los que murieron en Jesús estarán presentes con él en el último día. Ellos resucitarán en primer lugar y los que quedemos seremos llevados al Señor. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús, pues para Pablo en el bautismo, expresión de conversión, nos sumergimos en la muerte del Señor para resucitar con él; así mismo quienes murieron con Cristo resucitan con él porque han participado del camino, del seguimiento, y la alegría por continuar anunciando la Utopía de Dios, que llamamos Reino. Terreno difícil para distinguir lo que es sustancia de nuestra fe –o de nuestra esperanza- sin confundirla con una cosmología o mitología del tiempo y de la cultura helenista que no era la de Jesús... teniendo en cuenta que la cosmología o representación de la vida y la muerte en la cultura de la sociedad en que vivió Jesús tampoco son para nosotros «Palabra de Dios» ...

Evangelio

El evangelio del día de hoy nos trae la parábola de las diez vírgenes, prudentes y necias, que estaban esperando al novio. Recordemos que el reino de Dios también es simbolizado con un banquete de bodas... «El novio» designa a Jesús mismo (Mateo 9,15).

La parábola nos enseña que el final de cada persona depende del camino que ella escoja, y que de alguna manera, la muerte es consecuencia de la vida –prudente o necia– que se ha llevado. Muchachas necias son las que han escuchado el mensaje de Jesús, pero no lo han llevado a la práctica. Muchachas prudentes son las que lo han traducido en su vida, por eso entran al banquete del Reino. De esta manera, la lectura del evangelio se enmarca en la preocupación de los cristianos recién convertidos de la comunidad de Tesalónica, Grecia, (los Tesalonicenses), la preocupación por el final de los tiempos.

La parábola es una seria llamada de atención para nosotros. "*Ustedes velen, porque no saben el día ni la hora*". No dejen que en ningún momento se apague la lámpara de la fe, porque cualquier momento puede ser el último. Estén atentos, porque la fiesta de la vida está teniendo lugar ya, ahora mismo. El Reino está ya aquí. Enciendan las lámparas con el aceite de la fe, con el aceite de la fraternidad, de la caridad mutua. Nuestros corazones llenos así de luz nos permitirán vivir la auténtica alegría aquí y ahora. Los demás, los que viven a nuestro alrededor se verán también iluminados, conocerán también el gozo de la presencia del Novio esperado. Jesús nos pide que nunca nos falte ese aceite en nuestras lámparas.

Ciertamente tenemos que aprovechar el momento presente, pero para construir fraternidad, no para buscar de manera egoísta nuestro propio bienestar. Las vírgenes necias pusieron otro aceite en sus lámparas: el que solo sirve para alumbrar egoístamente nuestro camino. No pudieron entrar en la fiesta de la boda. Y si hubiesen entrado no hubiesen entendido absolutamente nada. En la fiesta de la hermandad los que solo miran por su propio interés se aburren.

Sería bueno preguntarnos de qué tipo es el aceite que alimenta nuestras lámparas. Sería bueno examinar cómo trabajamos día a día para aumentar la intensidad de nuestro fuego, y de nuestras reservas. ¿O acaso desperdiciamos las ocasiones de crear fraternidad, de amar y servir a los hermanos?

Estar listos para el encuentro con Jesús

Papa Francisco, Ángelus en la Plaza de San Pedro, 12 de noviembre de 2017

 Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo, el Evangelio (cf Mateo 25,1-13) nos indica las condiciones para entrar en el Reino de los cielos y lo hace con la parábola de las diez vírgenes: se trata de las jóvenes que estaban encargadas de acoger y acompañar al novio en la ceremonia de boda y, como en esa época era costumbre celebrar de noche, las mujeres estaban equipadas con lámparas.

La parábola dice que cinco de estas vírgenes son prudentes y cinco son necias: de hecho, las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilaron. A medianoche se anuncia la llegada del novio; entonces las vírgenes necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas. Mientras las necias van en busca de aceite, llega el novio; las vírgenes prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las cinco necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: «En verdad os digo que no os conozco» (v. 12) y se quedan fuera.

¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos permanecer listos para el encuentro con Él. Muchas veces, en el Evangelio, Jesús insta a velar y lo hace también al final de este relato. Dice así: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (v. 13). Pero con esta parábola nos dice que velar no significa solamente no dormir, sino estar preparados; de hecho, todas las vírgenes se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están listas y otras no. Aquí está, por lo tanto, el significado de ser sabios y prudentes: se trata de no esperar al último momento de nuestra vida para colaborar con la gracia de Dios, sino de hacerlo ya ahora. Sería hermoso pensar un poco: un día será el último. Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada? Debo hacer esto y esto... prepararse como si fuera el último día: esto hace bien.

La lámpara es el símbolo de la fe que ilumina nuestra vida, mientras que el aceite es el símbolo de la caridad que alimenta y hace fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar listos para el encuentro con el Señor no es solo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por aquello que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz

de dar vida a los otros y no acumulamos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe; y ésta —la fe— se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes. Si en cambio estamos vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de compartir, de servicio al prójimo en dificultades, podemos estar tranquilos mientras esperamos la llegada del novio: el Señor podrá venir en cualquier momento, y tampoco el sueño de la muerte nos asusta, porque tenemos la reserva de aceite, acumulada con las obras buenas de cada día. La fe inspira a la caridad y la caridad custodia a la fe.

Que la Virgen María nos ayude a hacer nuestra fe cada vez más operante por medio de la caridad; para que nuestra lámpara pueda resplandecer ya aquí, en el camino terrenal y después para siempre, en la fiesta de bodas en el paraíso.

En la pandemia una palabra, ánimo y consuelo

P. Emilio Betancur

Una de las secuelas de la pandemia es la incertidumbre de que todo está cambiando y hacia el futuro todo será diferente; es lo que se vislumbra ahora. Por ejemplo, por los cambios de lo presencial a la virtualidad, que va desde la educación hasta múltiples relaciones sociales, un cambio de nuestra relación con el ecosistema, un mayor cuidado dado, no solo con nosotros y nuestro entorno, sino también con los pobres, cuidado con la inequidad, y todo lo demás que hallemos menos humano. Un cambio de vida requiere de un buen discernimiento para disfrutar después.

Discernir no es juzgar, sino permitir que los comportamientos y sentimientos de Jesús, que están en su Palabra, los leamos y los pensemos para volverlos sentimientos y obras a la manera de Jesús. Advirtiendo que los nuevos sentimientos que hay en nuestro corazón son los de Jesús y no los nuestros, además de ser novedosos como para servirnos como criterio de vida.

A este cambio de sentimientos lo podemos llamar “seguimiento de Jesús, como respuesta a lo que llamamos ser creyentes”. Así, discernir es permitir a nuestra razón que se haga razonable desde la Palabra de Dios. Pablo expresaba así su experiencia de fe: “En Él vivimos, nos movemos y existimos”.

Para el libro de la Sabiduría la experiencia de la fe es el grado más alto del saber, porque en cada decisión que tomen los hombres ella los orienta. (primera lectura). Contamos todos con la Palabra de Dios para el discernimiento en tantas dificultades de esta pandemia.

En su vida pública, y después de su resurrección, Jesús recomendaba las cosas más delicadas del Reino a las mujeres: el sufrimiento de la pasión y la cruz, y lo más importante de su vida: el mensaje de su resurrección confiado a quien tenía un amor humano entrañable, María Magdalena. Mateo recibió esta experiencia de Jesús para narrarla en la parábola del cuidado y el descuido: cinco fueron precavidas de llevar aceite en sus vasijas, junto con las lámparas; y otras cinco descuidadas, que tuvieron que pedir aceite cuando se anunció la llegada del esposo, que era Jesús.

Las mujeres descuidadas se dan cuenta de que no les alcanzará el aceite de sus lámparas por el retardo del esposo. Las otras cinco, en su sabiduría, se proveyeron cuidadosamente de aceite para esperarlo y entrar a la fiesta. La Sabiduría con actitudes de fe es la construcción de la casa sobre la roca o la arena (Mt 7,24-27); el rico a quien el dinero no le permite caer en la cuenta de su muerte (Lc 12,16-21). Son parábolas para dar razón de una visión interior, sabiduría de la Palabra o un descuido contrario a una falta de Palabra, un descuido con consecuencias negativas para actuar.

El aceite es la Palabra que debe estar a la base de la conducta creyente. El énfasis del evangelio de Mateo es advertir que en el momento decisivo no podemos comprar ya lo que no hemos enraizado y crecido en nuestro interior, el discernimiento de la Palabra de Dios. En la cultura hebrea las puertas cerradas son proverbiales para significar las ocasiones perdidas; y el aceite en su valor simbólico no puede ser compartido y menos comprado por la inminente llegada del esposo.

El discernimiento fundamental en lo que ahora llamamos pandemia, es el discernimiento que Pablo anuncia en su primer escrito: No queremos que vivan en la ignorancia acerca de los difuntos, particularmente las víctimas del virus, para que no se desesperen como los que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, hemos de creer así también que los que murieron fieles a Jesús, mártires de la pandemia, el Resucitado los llevó; y seguirá conduciendo a quienes mueran para llevarlos a Dios, de la mano del Resucitado. También nosotros las víctimas que aún vivimos seremos arrebatados por el Resucitado para vivir en él y con nuestros

hermanos para siempre. Consuélese, pues, mutuamente con estos pensamientos” (Segunda lectura).

No es posible que la muerte se escoja a ella misma o sea acorralada por la propia vida, sin ninguna trascendencia; esa es la misión del crucificado. Resucitado con nuestra propia vida, por ser vida de Dios antes que nuestra. La muerte es nuestra más que nosotros de la muerte; nos pertenece más a nosotros que nosotros a ella, porque en Cristo también nosotros hemos vencido a la muerte. Lo importante no es que nosotros tengamos que morir, sino el hecho de que Cristo murió por nosotros para que nosotros resucitáramos con Él. El cristianismo no es camino de miedo a la muerte si se hace con la muerte de Cristo; Jesús no ha venido para acrecentar el miedo a la muerte, sino a quitárselo por la resurrección. “Si hemos muerto con Él también viviremos con Él” (2 Tm2,11). La resurrección de Jesús es la respuesta más radical que la muerte llamada pandemia.

Encender una fe gastada

José Antonio Pagola

La primera generación cristiana vivió convencida de que Jesús, el Señor resucitado, volvería muy pronto lleno de vida. No fue así. Poco a poco, los seguidores de Jesús se tuvieron que preparar para una larga espera.

No es difícil imaginar las preguntas que se despertaron entre ellos. ¿Cómo mantener vivo el espíritu de los comienzos? ¿Cómo vivir despiertos mientras llega el Señor? ¿Cómo alimentar la fe sin dejar que se apague? Un relato de Jesús sobre lo sucedido en una boda les ayudaba a pensar la respuesta.

Diez jóvenes, amigas de la novia, encienden sus antorchas y se preparan para recibir al esposo. Cuando, al caer el sol, llegue a tomar consigo a la esposa, los acompañarán a ambos en el cortejo que los llevará hasta la casa del esposo donde se celebrará el banquete nupcial.

Hay un detalle que el narrador quiere destacar desde el comienzo. Entre las jóvenes hay cinco «sensatas» y previsoras que toman consigo aceite para impregnar sus antorchas a medida que se vaya consumiendo la llama. Las otras cinco son unas «necias» y descuidadas que se olvidan de tomar aceite con el riesgo de que se les apaguen las antorchas.

Pronto descubrirán su error. El esposo se retrasa y no llega hasta medianoche. Cuando se oye la llamada a recibirlo, las sensatas alimentan

con su aceite la llama de sus antorchas y acompañan al esposo hasta entrar con él en la fiesta. Las necias no saben sino lamentarse: «Que se nos apagan las antorchas». Ocupadas en adquirir aceite, llegan al banquete cuando la puerta está cerrada. Demasiado tarde.

Muchos comentaristas tratan de buscar un significado secreto al símbolo del «aceite». ¿Está Jesús hablando del fervor espiritual, del amor, de la gracia bautismal...? Tal vez es más sencillo recordar su gran deseo: «Yo he venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?». ¿Hay algo que pueda encender más nuestra fe que el contacto vivo con él?

¿No es una insensatez pretender conservar una fe gastada sin reavivarla con el fuego de Jesús? ¿No es una contradicción creernos cristianos sin conocer su proyecto ni sentirnos atraídos por su estilo de vida?

Necesitamos urgentemente una calidad nueva en nuestra relación con él. Cuidar todo lo que nos ayude a centrar nuestra vida en su persona. No gastar energías en lo que nos distrae o desvía de su Evangelio. Encender cada domingo nuestra fe rumiando sus palabras y comulgando vitalmente con él. Nadie puede transformar nuestras comunidades como Jesús.